

personas de su sexo que se preparaban para el bautismo. Sus instrucciones y aun mas sus egemplos, prendaron á Catalina, cuyo gozo fue incomparable al ver el fervor general de todos los fieles que componian aquella cristiandad naciente. Cotejaba su conducta egemplar con la vida licenciosa que habian tenido muchos de ellos en el país en que habian nacido, y se embelesaba al ver que los que poco antes no respiraban mas que sangre y vicio, muertes é impureza, eran modelos del pudor y de la benignidad evangélica. Penetrada de agradecimiento al Dios de bondad que la habia llevado á aquella tierra de bendición, formó la resolucion invariable de entregarse enteramente á él; y desde este momento mostró tanto fervor, que poco despues la permitieron los misioneros recibir la comunión por la primera vez. Era esta una gracia que no se concedia á los iroqueses desertores hasta despues de muchos años de pruebas; pero se creyó que con Catalina no debian observarse las reglas comunes, y la esperiencia acreditó que este juicio no era equivocado. Pronto se advirtió que esta jóven, no solo era una piadosa neófitá, sino una de aquellas almas privilegiadas, que aun en la carrera de la vida perfecta quiere elevar el cielo sobre la clase ordinaria.

Sin embargo, sus propias virtudes opusieron un nuevo obstáculo al designio que habia formado de conservarse vírgen. El interés es un móvil muy poderoso para todo género de personas, aun para las que hacen profesion de virtud. Persuadiéndose la

hermana de Catalina que no habria ningun jóven en la mision del Salto que no aspirase á la felicidad de casarse con una doncella tan virtuosa, y que ella podria elegir por marido algun diestro cazador, que suministrase abundantemente para todas las necesidades de la familia, se empeñó en obligarla á que se casase. La llamó á solas, y con aquella elocuencia que el interés propio inspira á los salvages del mismo modo que á cualquiera otra nacion, la habló del matrimonio, como del medio mas seguro, así para evitar las ocasiones del pecado, como para remediar una indigencia estremada, la cual ofrece muchos peligros á la salvacion. No esperaba la virtuosa desertora encontrar tentaciones en el mismo asilo de la virtud; pero supo hacer uso de toda la prudencia evangélica, y sin manifestar mucha sorpresa, respondió que el asunto era de grande importancia, y que lo pensaria sériamente. Sospechando la hermana que á lo menos por sí sola no la seria fácil obligarla á resolverse, buscó arbitrio para hacer que apoyase su pretension la respetable Anastasia, á quien una y otra miraban como á su propia madre. No tuvieron mejor éxito estas últimas instancias que las primeras; y Anastasia, que habia hallado siempre en Catalina una docilidad sin límites, quedó tan asombrada de su resistencia, que la reprendió con aspereza, y la amenazó diciéndola que iria á quejarse de ella al misionero, que era su pastor y su oráculo.

Pero se anticipó Catalina, y despues de referir al padre los combates que habia sufrido y sufría aun



diariamente, le declaró que estaba resuelta á no tener jamás otro esposo que Jesucristo, y le suplicó que la ayudase con todo su poder á consumir el sacrificio que meditaba mucho tiempo habia. Aunque el misionero alabó su resolucion, no condescendió inmediatamente con sus deseos, antes bien, sin duda para probarla, esforzó las razones que podian inclinarla al matrimonio. „¡Ay padre mio (esclamó): me he entregado toda entera á Jesucristo, y no puedo dividirme entre dos señores! En cuanto á la pobreza con que se pretende atemorizarme, este peligro no habla conmigo, porque es tan poco lo que necesito para alimentarme, que mi trabajo me suministrará siempre para ello, y no me faltará algun trapo para cubrirme.” La despidió el misionero diciéndola que el asunto merecia una atencion muy seria, que consultase bien sus propias fuerzas, y que la daba tres dias para pensarlo delante de Dios. Al principio se conformó con esta propuesta; pero al cabo de pocos momentos volvió y dijo: „mi resolucion está ya tomada, padre mio; no se trata de deliberar: no, jamás tendré otro esposo que á Jesucristo.” El prudente pastor no se opuso á una determinacion tan verosimilmente inspirada por el Espíritu Santo. Catalina se consagró irrevocablemente al Señor con el voto de virginidad, y el misionero la prometió defenderla de cuantos quisiesen inquietarla en lo sucesivo. Entretanto fue Anastasia á darle quejas de la que llamaba indocilidad de Catalina. Pero él la interrumpió manifestándole la sorpresa que le causaba el ver que

una cristiana, que estaba en disposicion de instruir á las demás, no tuviese una idea mas cabal del valor de la virginidad, del valor de una virtud que hace al hombre semejante á los ángeles. Al oir estas palabras, volvió en sí la buena Anastasia como si despertase de un sueño profundo, se culpó á sí misma, y solo pensó ya en sostener y confirmar la nueva esposa de Jesucristo en sus disposiciones angélicas.

Parecia que la virgen iroquesa no estaba ya en la tierra despues de su consagracion, y que participaba de la suerte de los espíritus celestiales. Solo hallaba gusto al pie de los altares ó en la santa quietud de la soledad. Su conversacion estaba casi únicamente en el cielo; y solo podia sufrir la de los hombres en cuanto la hablaban de Dios. Le veia, le sentia, por decirlo así, y le hablaba en todas partes. Su oracion era continua, aun cuando estaba mas atareada, y no por eso aflojaba en el trabajo. La mayor parte de la noche la pasaba únicamente en la intimidad de sus tiernas comunicaciones con el divino Esposo. Sus ayunos, vigiliass y austeridades, se aumentaron en la misma proporcion que su piedad.

Penetrada de la fe y del agradecimiento mas vivo para con un Dios que la habia redimido y dotado con su sangre, era ingeniosa en imaginar en todas ocasiones nuevos modos de crucificar la carne. Cuando iba al monte en tiempo de invierno, dejaba que pasasen adelante sus compañeras, se quitaba el calzado, y andaba con los pies desnudos por los yelos y nieves. No pareciéndola bastante el dolor que la



causaba el frío, se aplicó un día á los pies carbones encendidos. Otra vez sembró de espinas la estera en que dormía, se acostó en ella tres noches seguidas, y hubiera continuado mas tiempo, á no haberlo descubierto una amiga, que la hizo entrar en escrúpulo por su fervor indiscreto. En efecto, su delicada complexion no permitia semejantes maceraciones. La acometió una enfermedad violenta, y aunque salió del primer peligro, la quedó una calentura lenta que la fue consumiendo poco á poco. Pero léjos de comunicarse al alma la languidez del cuerpo, cuanto mas se acercaba Catalina á su término, tanto mas resplandeció la eminencia de las virtudes que habia practicado cuando disfrutaba de la mejor salud. Nunca se quejó, ni hizo ninguna demostracion, aun involuntaria, de impaciencia, aunque padeció muchísimo en los dos últimos meses. Cuando los dolores eran mas agudos, entonces se mostraba ella mas contenta, teniendo á mucha dicha el vivir y morir en la cruz.

Padeció la última enfermedad en el tiempo en que los salvages hacen sus grandes cacerías para la provision de invierno, y que sus mugeres están ocupadas desde la mañana hasta la noche en las labores del campo. Entonces se quedan solos los enfermos todo el día, con un plato de maíz y un vaso de agua que se les deja por la mañana al lado de la estera. En este abandono pasó Catalina todo el tiempo de su última enfermedad, aumentándose su alegría no menos que su mérito. Conoció que se aproximaba su última hora al principiarse la semana santa. Despues

de recibir los santos sacramentos con un fervor extraordinario, entró el miércoles por la noche en una dulce agonía, en que perdió el uso de la palabra, bien que conservando un conocimiento perfecto. Al cabo de media hora exhaló el último aliento con tanta tranquilidad como si estuviera dormida. Aun no habia llegado á los veinticuatro años; pero haciendo ver el cielo que en el orden de la gracia y del mérito habia andado una larga carrera: su semblante, que poco antes estaba desfigurado de todo punto con motivo de la enfermedad y de las maceraciones, apareció de repente tan hermoso, que la voz del pueblo de acuerdo con la de Dios, prorrumpió por todas partes en estas exclamaciones: *ha muerto la santa: la santa ha volado al cielo*. En efecto, parecia que reflejaba en su frente un rayo de la gloria celestial.

Dos franceses que volvian de lo último de la pradera de la Magdalena, y la vieron tan sonrosada y hermosa, tendida en la estera, y en una cabaña abierta, se dijeron el uno al otro: mira ahí una jóven que duerme bien descuidada. Pero luego que supieron que era el cuerpo de Catalina Tegacuita, que habia muerto el dia anterior, se apoderó de ellos un respeto religioso, que desterró cualquiera otro pensamiento, se postraron á sus pies, se encomendaron á sus oraciones, y al momento mandaron hacer una urna en figura de atahud, para honrar su cadáver como santas reliquias. No tardó el cielo en honrar tambien á aquel ángel terrestre. Entre las innumerables curaciones que se obraron en su sepulcro, no podria la



incredulidad misma disputar plausiblemente la curación particular de un vicario general de Quebec, y la de un comandante del fuerte de Frontenac, atestiguadas por ellos mismos, y comprobadas del modo mas riguroso y auténtico. ¿Y qué cosa hay mas creíble, por poca noticia que se tenga del primer establecimiento del Evangelio, que unas maravillas tan á propósito para manifestar el poder de la gracia, aun en el corazón de los pueblos mas bárbaros? Si Dios es admirable en sus santos, resplandece principalmente su gloria en los que forma entre los iroqueses y los antropófagos.

Aunque Catalina se distinguió mucho entre los cristianos de la misión del Salto, tenia no obstante gran número de imitadores, aun en sus virtudes mas sublimes. En particular el espíritu de penitencia, el odio de la carne y el amor á la cruz, tan esencial al Evangelio, reinaban allí universalmente. Los ayunos rigurosos, las disciplinas sangrientas, las correas guarnecidas con puntas de hierro, todas las maceraciones de los monasterios mas penitentes eran prácticas comunes. Las mugeres no se distinguían de los hombres sino en cuanto se valían de la mayor viveza de su imaginación para inventar modos mas estraños de crucificar la carne. Muchas de ellas, cuando el frío era mas penetrante, se metían, ó por decirlo así, se sepultaban en la nieve. Algunas, casi desnudas, se estaban mucho tiempo á la orilla de un lago ó de un río helado, cuando soplabá un viento impetuoso. Otras, despues de romper el hielo en un

estanque, se metían en él hasta el cuello, y rezaban muy despacio todo el rosario, y hubo una que hizo esto tres noches consecutivas, con cuyo motivo se la encendió una calentura tan violenta, que faltó poco para que la costase la vida.

De este modo llegaron los misioneros á tener noticia de aquellos fervores indiscretos, que apenas pudieron contener con toda su autoridad. Pero la Providencia tenia sus designios, aun en este género de excesos, pues por medio de estos tormentos voluntarios se disponían los santos neófitos del Salto á arrostrar por la fe los mas horribles suplicios, hallándose amenazados de una próxima persecución.

Se habia encendido la guerra entre franceses é ingleses. Los iroqueses, igualmente celosos de los progresos de aquellas dos coronas, cuyos estados se hallan tan inmediatos á su propio país, se inclinaban en aquella ocasion á los ingleses, temiendo que acabase con ellos la Francia. En los cinco distritos ó poblaciones principales que formaban la confederación iroquesa, era un punto de política perfectamente observado mantener el equilibrio entre aquellos dos vecinos poderosos, como el único preservativo de su propia libertad. En efecto, estaban bien persuadidos á que no podían menos de caer en manos del que se juzgase al otro. Al primer rumor de guerra, queriendo reunir todas sus fuerzas aquellos bárbaros astutos, convidaron á los compatriotas de la colonia del Salto para que volviesen á sus antiguos solares. Viendo los neófitos que semejante reunión



habia de esponer su fe á muchos peligros, á pesar de que se les aseguraba todo lo contrario, se negaron invenciblemente á abandonar su colonia: con cuyo motivo fueron declarados como enemigos de la patria y perseguidos desde luego con todo rigor.

18. Una partida que sorprendió á algunos de ellos en la caza, los llevó atados á los cantones iroqueses, donde fueron quemados á fuego lento. Aquellos generosos mártires, en medio de las ásquas, predicaban la fe de Jesucristo á los que estaban asándolos; y los exhortaban á que por medio de la profesion del cristianismo tratasen de librarse de un fuego infinitamente mas horrible. Uno de ellos, llamado Estévan, se olvidaba de sí mismo, en medio de los carbones y hierros encendidos, para animar á su muger que padecia el mismo suplicio. En el momento de espirar reunió las fuerzas que le quedaban, y á egemplo de su santo patrono rogó á Dios en alta voz por los que le atormentaban con mas encarnizamiento. Fue eficaz su oracion, pues movidos muchos de aquellos bárbaros con los testimonios de una benevolencia tan nueva entre ellos, abandonaron sus peligrosos cantones, y se refugiaron á la mision del Salto, para practicar allí en paz las leyes del Evangelio.

Otro Estévan cayó en manos de una partida de catorce iroqueses, los cuales le llevaron á la aldea de Onnontaqué, adonde habian acudido gran número de salvages; y se preparó para este nuevo mártir un teatro digno de su heroísmo. Al oír que se iba acercando, le salieron al encuentro sedientos de su

sangre. Estaban armados de hachas, cuchillos, palos y mazas, y centelleaba el furor en sus ojos. Acercóse á él con bastante tranquilidad uno de ellos, y le dijo: „hermano mio, cuéntate por muerto, pero tú eres el que te has perdido, dejándonos á nosotros por esos perros, á quienes llamas cristianos.” „Verdad es (respondió) que soy cristiano, y tambien es cierto que me glorío de serlo. Haced conmigo todo lo que queráis. Los ultrages y tormentos los sufriré gustoso por mi Dios, que padeció infinitamente mas por mí.” Apenas acabó de hablar, se abalanzaron á él aquellas bestias feroces, y le hicieron mil incisiones en los brazos, en los muslos y en todas las partes del cuerpo, quedando en un momento todo cubierto de sangre. Le arrancaron las uñas y muchas articulaciones de los dedos. Despues de esto le dijo uno de aquellos furiosos: „suplica á tu Dios, si te atreves.” „Sí que le suplicaré (respondió Estévan);” y levantando las manos segun las tenia atadas, hizo lo mejor que pudo la señal de la cruz, diciendo en lengua iroquesa las palabras acostumbradas. Al momento le cortaron la mitad de los dedos que le quedaban, y volvieron á decirle: „suplica ahora.” Hizo de nuevo la señal de la cruz, y al instante le cortaron enteramente los dedos hasta la palma de la mano, y despues vomitando mil blasfemias le desafiaron á que llamase todavía á Dios. Preparándose á hacer de nuevo la señal de la cruz, le cortaron las muñecas, y le sajaron la frente, el estómago y las espaldas.

Le llevaron despues á una grande hoguera, en la



que se habian encendido muchas piedras. Le pusieron estas piedras abrasadas entre los muslos, apretándolos mucho uno con otro, y entonces empezaron á gritar, diciéndole que cantase, á egemplo de aquellos pueblos bárbaros, entre quienes se glorían los cautivos de despreciar los mas horribles tormentos, y creen que la reputacion de valor que dejan despues de la muerte, les compensa de cuanto puedan padecer. Juzgando Estévan con razon, que aquellas bravatas eran contrarias á la humildad cristiana, rezó, en lugar de los acostumbrados cantos de ostentacion, algunas oraciones convenientes á la proximidad de la muerte. Uno de los mas furiosos cogió un tizon ardiendo, se le metió en la boca, y sin dejarle respirar, le ataron al poste. Cuando se vió en medio de los hierros hechos áscua y de los maderos encendidos, mostrando una firmeza muy superior á los ímpetus del orgullo y de la desesperacion, miró con serenidad á todos los mónstruos encarnizados contra él, y les habló en estos términos: „Cebaos, hermanos mios, en el gusto que espermentais en hacerme padecer, sin que temais cometer una injusticia. Mis pecados merecen muchos mas trabajos que los que me haceis padecer, y por mas crueles que sean vuestros juegos, no pueden dañarme. Quanto mas me atormenteis, tanto mas aumentareis la felicidad que me está reservada en el cielo.” Solo sirvieron estas palabras para redoblar su rabia. Todos ellos cogieron hierros hechos áscua ó tizonos ardiendo, y se los aplicaron á todos los miembros. Lo sufrió el mártir

sin exhalar un suspiro, y estaba tan tranquilo como si fuese insensible. Conociendo que le faltaban enteramente las fuerzas, pidió un momento de tregua, y se la concedieron. Entonces reunió todo su fervor, hizo la última oracion, recomendando su alma al Salvador, y le pidió que perdonase su muerte á los que nada omitian para hacérsela mas meritoria. Despues de otras muchas atrocidades de sus enemigos, y de nuevos rasgos de la incomprendible paciencia del mártir, entregó finalmente su espíritu al Criador.

Una muger llamada Francisca, mostró la misma fuerza en los mismos suplicios. Su marido, que era un cristiano no menos fervoroso que ella, estaba pescando á tres leguas del Salto, donde se habia quedado Francisca, cuando se tuvo allí noticia de una incursion de iroqueses en aquellas inmediaciones. Inmediatamente entró la cristiana en una canoa para ir á buscarle. Llegó felizmente adonde él estaba, y ambos á dos volvieron del mismo modo hasta un cuarto de legua del Salto, donde creyéndose ya seguros, cayeron en manos de los enemigos. Al momento cortaron la cabeza al marido; y prometiéndose probablemente pervertir á la muger sin dificultad luego que estuviese sola, la llevaron cautiva. Se equivocaron en esto, y no tardaron en conocerlo. Apenas hubo llegado á Onnontague, donde la hicieron subir á un cadalso que habia en medio de la poblacion, profesó animosamente la fe cristiana en presencia de su familia y de sus antiguos paisanos, añadiendo que miraba como una felicidad el morir á manos de sus